

Crónica Literaria

Por ALONE

Omer Emeth y La Crítica Literaria.— La decisión del Instituto Cultural de Provisión de premiar cincuenta años de trabajo en el ejercicio de la crítica literaria ha traído a mi memoria un antiguo recuerdo.

Largos años atrás, el presbítero francés don Emilio Vaisse, fundador de la crítica literaria en Chile y que perseveró en su tarea más de un cuarto de siglo, anunció el propósito de regresar a su patria, y "El Mercurio", donde había hecho famoso su seudónimo de Omer Emeth, le ofreció un homenaje de despedida.

Al contestar don Emilio los elogios, aceptó uno solo.

—La verdad —reconoció— es que he durado.

Sabía bien el hombre de raza europea la significación de ese vocablo en las esferas de la alta cultura y no se le ocultaban al crítico los elementos de dureza que en su oficio encerraba. También pensaría, aunque se lo calla, que la constancia para ejercerlo volviérase particularmente meritoria en el que Baroja llamaba "el continente estúpido" y, de un modo especial, en Chile, que Menéndez y Pelayo definía como "pueblo de historiadores y juristas, incapaz de creación poética".

No necesitaremos repetir como "la Beosis de América", otro de los hombres aplicados a nuestro país, ha desmentido esas afirmaciones, al conquistar, único en Sudamérica, dos Premios Nobel de Literatura.

Pero queramos observar un hecho poco advertido: la crítica literaria periodística, semanal, firmada y responsable, tal como Omer Emeth la estableció, constituye asimismo un caso único en el Nuevo Mundo.

Y ello se debe a que siguiendo la vía inaugurada por el maestro francés, ya no encontraron sus continuadores nacionales los mismos tropiezos para desarrollar su misión y servir la causa de la inteligencia. De la cátedra especialista y los periódicos de audiencia restringida, la crítica había llevado el conocimiento de las bellas letras al hombre de la calle, al lector común, al transiente apresurado y distraído, en busca de noticias e indiferente a la forma.

En tal sentido, cabe sostener que don Emilio Vaisse fue un pionero, un descubridor y explorador de avanzada que, al atraer la atención y el respeto del público, creó el ambiente necesario para que los escritores aparecieran.

Poque no basta que un autor exista: es preciso además que existan los lectores. Privado de ellos, su voz cae en el vacío y no tarda en producirse el desaliento.

Pues bien, eso, el ambiente intelectual, su vasta difusión en la multitud, fue Omer Emeth con su constancia infatigable, con su ciencia, su paciencia y su conciencia, uno de los que más contribuyeron a formarlo durante el primer tercio de este siglo, aunque sea preciso dejar constancia con melancolía que no siempre recibió en carrera aplausos estimulantes ni obtuvo medallas de oro.

Pero esta es sólo una de las lecciones que la continuidad en el mismo trabajo enseña.

Otras hay de más vasto alcance y, pese a que "el yo es aborrecible", deberé acudir en este punto a hechos de mi experiencia personal.

El ejemplo de "El Mercurio" hizo indispensable en todo periódico de importancia una sección de crítica permanente. El diario "La Nación", cuya prosperidad se alzaba como un rival potente del Decano en el periodismo de esa época, creyó necesario establecerla y, el año 1921, fui invitado a hacerme cargo de

ella por don Eliodoro Yáñez, uno de los políticos de más sutil talento que se hayan acercado a la arena literaria.

Bajo su hábil dirección, la empresa adquirió tanto prestigio que un gobierno poco escrupuloso y de visión estrecha creyó conveniente expropiarla para su provecho, como si fuera posible apropiarse de la inteligencia ajena.

Desde ese día "La Nación" comenzó a decaer.

Sujeta al vaivén de los partidos imperantes experimentó sus vicisitudes y, durante un período revolucionario, estuvo suspendida. El año 1938, cuando el poder cambió de manos, el crítico literario recibió, primero, toda clase de seguridades de libertad e independencia y, después, a principios de 1939, sin explicaciones de ninguna clase, el clásico sobre azul que ponía término a su trabajo.

Este episodio me proporcionó una experiencia digna de recordarse, porque sirve mucho para moderar las ilusiones con que la vanidad suele tentar al escritor.

Una de ellas me la ofreció la generosidad con que, acto continuo, "El Mercurio" me abrió sus puertas para que ocupara en él la misma cátedra de Omer Emeth, es decir, el sitial máximo que su austeridad había prestigiado.

Pues bien, entonces comprobé un fenómeno interesante.

Llevaba dieciocho años escribiendo semana a semana en "La Nación" y, próximo ya a la cincuentena, podía creerme una persona conocida. No lo era tanto. Numerosos aficionados a la literatura me descubrieron, no pocos me manifestaban su sorpresa, me detenían en la calle, me formulaban comentarios halagatorios. Tuve una especie de segunda juventud literaria: me sentí de pronto en "el burrio alto" de las letras, como ahora dizíamos...

Se comprenderá que lo reconozco sin orgullo y confieso que a mí satisfacción se mezclaba un poco de envidia.

Como se aceptará asimismo la inquietud con que miro la posibilidad de que algún día "El Mercurio", y con él la libertad de expresión, puedan afrontar igual peligro.

Por eso he querido en esta ocasión recoger la frase de Omer Emeth, mi maestro, y recordar la moderada cordura con que declaró al recibir los elogios en su homenaje y aceptar sólo uno: el de haber durado.

En verdad, cincuenta años son muchos en tan espínuda carrera. No pocas agregarán demasiados. Los que integran el "poder joven" suelen ser impacientes y la palabra "durar" les causa irritación. Tal vez en el fondo, el subconsciente les avisa que cuando los jóvenes duran, sus atributos se desvanecen, la juventud los abandona y, a su turno, comienzan el duro aprendizaje de la vejez.

Los casos individuales constituyen una señal de las corrientes que guían el acontecer: por eso, en esta celebración de la permanencia en una sola línea durante un período prolongado, debemos yer, bajo la superficie aparente, bajo el terreno movedizo, la sólida consistencia de realidades profundas y una tradición de libertad que resiste los más violentos sacudones del atropello autoritario.

Se ha definido al optimista como alguien que, en lo más oscuro del horizonte, siempre divisa una pequeña luz. Y al pesimista, como uno que trata de apagar esa pequeña luz.

La decisión de la Ilustre Municipalidad de Provisión contribuye poderosamente a que una de esas pequeñas luces no acabe de extinguirse entre las vacilaciones de tantas de mayor trascendencia amenazadas por el viento.